



Notas para un oratorio¹

Antonio OTEIZA D'EMBIL

Introducción

Se me pidió que diseñara una capilla para una casa de Ejercicios Espirituales, pero el espacio era reducido, no suficiente para el número posible de ejercitantes, y además ya existía una capilla cercana, así que pensé en otra solución.

Ese lugar podría servir de Oratorio, espacio para los tiempos de personal reflexión.

Se trataba de crear un «espacio religioso», espacio que es difícil de definir por medidas y colores, pero que es posible.

Las paredes podrían estar en granate, el techo en blanco, los asientos adosados a la pared, el sagrario y un Cristo resucitado en el centro de la pared, y en la pared opuesta ocho santos fundadores de órdenes religiosas, y eso por la diversidad de religiosos que ahí podría llegar. En el centro de ese espacio una mesa de un metro cúbico.

Las notas que escribo pueden sugerir cierto planteamiento mental religioso al proyectar este oratorio, una búsqueda por el espacio sacro.

1. La obra se concluyó y fui a verla, el sagrario estaba no centrado, tampoco la mesa, pluralidad de luces desde el techo, y éste con un gran círculo como adorno y dentro más luces.

Quedaba algo de lo que había proyectado, pero como espacio sagrado estaba debilitado.

1 Artículo tomado de OTEIZA, Antonio (2009) *Notas para un oratorio*, Madrid.

2. Aquellos responsables de la obra material, propietario y arquitecto, siempre buscan añadir su última palabra y la ponen, pero la primera unidad y razón por la búsqueda del espacio sacro, se pierde en buena medida.

3. Ejemplo, si señalo la mesa en el centro del espacio, es porque ese centro con la mesa, se hace centro equidistante de ese posible grupo de personas, todos se hacen circunferencia sagrada, es la naturalidad del encuentro, igualdad, voz común, eje sagrado, pero si esa mesa se descoloca, esa posible sensación interior del encuentro, queda perdido.

4. Si tratamos de crear un «espacio religioso», no será fácil señalarlo por sus medidas. Un ambiente no se define, se siente, crece desde el sentimiento del hombre religioso, y esas medidas y los objetos que la integran, se van modelando desde ese su interior.

5. Un espacio religioso no son paredes que se colocan añadiéndoles imaginaria. Tampoco con símbolos religiosos a los que hay que interpretar. También los espacios sacramentales se espacian desde una liturgia, pero ésta nunca debe olvidar la visión plástica y religiosa.

6. Un espacio que se destine hacia ese fin religioso puede ser algo moldeable, al igual que un pedazo de barro en manos de un escultor, que se hace figura. Lo informe y anodino puede adquirir espíritu.

7. Pero ¿quién es ese arquitecto religioso? No ciertamente el que pone la modernidad en el templo, no el que pone materiales valiosos en el templo. Tampoco el que traduce planos de iglesias famosas. La historia de la arquitectura, llamada religiosa, no corresponde a lo que es «espacio religioso».

8. El espacio religioso no admite nada que distraiga, adorno, añadido. Que si es espacio religioso, que sea de acogida, y ahí deben descubrirse las vivencias evangélicas para el hombre que entra ahí para ese encuentro.

9. Ni los que ponen dineros, ni los que hacen el proyecto, piensan en el Evangelio como inspiración para su edificio. Hay un rechazo instintivo a la sobriedad, a la elegante modestia o pobreza, a la naturalidad con que se descubre la misma naturaleza. Fraternidad y encuentro, y luego todos a darse la espalda.

10. Quizá no sea fácil descubrir el espíritu que entraña la vida de los seres existentes, esa vida interior de toda existencia. Posiblemente debamos tener ya de antes, cierta empatía, hacia la simplicidad, lo elemental, hacia la hondura de todo lo humano.

11. El que entra a posesionarse de un edificio religioso, el sucesor del anterior, descubre de inmediato algún defecto, y trata de arreglarlo, ve el detalle, no el conjunto, pero eso queda compuesto según su criterio y a la vez, otro algo, ha quedado descompuesto, y esa es la historia de tantas reformas en los

edificios religiosos, pues el aficionado y con poder no saber ver la totalidad del conjunto, que es un saber modelar la totalidad del espacio.

12. Un espacio religioso debe ser fácil para caminarlo y se está, cierto impacto al primer golpe de vista, distinto de lo conocido, que es ambiente para el espíritu, ausencia de mundanidad, vacío que acoge al que entra en busca de sí mismo.

13. Nosotros hablamos con las palabras, pero el espíritu nos llega de manera imperceptible, nos responde desde la verdad de toda experiencia, desde su hondura mística, ausencia de toda palabra, elocuencia del silencio, pero compuesto para la medida del hombre, en definitiva «espacio sacro».

14. Existe un proceso inverso para la creatividad del arte religioso, que no va de la idea a la imagen, y sí desde la imagen, desde la realidad a su ausencia, a quedarse en el sentimiento, al impacto interior sin intermediario de imagen alguna, purificación de todo lo visible por alcanzar una Nada positiva.

15. El espíritu es el que hace a los hombres estar en comunicación, más que toda sangre y lugar, que el espíritu siempre es el mismo y es verdad, y que en definitiva es la manera más honda de desarrollarse cada cual su propia existencia en convivencia con los otros, el espíritu como un río que acerca distancias, tan distinta del agua estancada, que llega a pudrirse. Y así el arte sacro tiene esa dimensión sagrada para el hombre, siempre más que todo arte.

16. El espíritu siempre es expansivo, fuego, que comunica, el espíritu sin adherencias de ideologías, desde la verdad de toda existencia, desde ella misma, un espíritu sin contaminación, espíritu sagrado, preexistente, y es hacia esa búsqueda en lo que está la creatividad por un espacio sacro.

17. Cada obra que realizamos, la hacemos para un fin, y si decimos «espacio sagrado», no será para que sea espacio para la congregación de unas gentes, espacio cómodo, luminoso, cristalerías modernas, imágenes muchas o pocas, que ese espacio ha de tener otra trayectoria creativa para que sea realmente «sagrado».

18. Un espacio sacro ha de ser el lugar donde el ser humano se sienta, se resienta en su interior. Que si busca ese lugar, será porque se busque a sí mismo. Y ese espacio se hace para él palabra que puede escuchar, cuando del cansancio de la calle, ahí le hace reposar, reconocerse, gritar, que cada cual tendrá su respuesta. Nunca será un espacio igual al otro.

19. Si cada territorio, a lo largo de la historia, ha podido crear su particular arte, diferenciados unos de otros según lo diferente del hombre, que haya nacido aquí o allí, en un siglo o en el otro, pero eso no sucede cuando decimos del espacio sagrado. El hombre en su dimensión religiosa, cuando ha querido crear un lugar que fuera sagrado, ese lugar, ese espacio, ha sido siempre el mismo,

y el ser humano podrá sentir ahí la misma sensación de que es lugar sagrado. Si el entender nos diferencia, el espíritu nos congrega.

20. El espíritu y el lugar sagrado que se hace presente a nuestro sentimiento, es uno y universal, y aquí no cabe la historia de una arquitectura religiosa, amoldada a los tiempos, que el espíritu no es tiempo, no tiene cambios, está desde siempre y para siempre, siempre el mismo, y su habitación será siempre la misma, y la creatividad del arquitecto religioso le nacerá desde una misma operación interior.

21. Podrá suceder que los templos, los espacios que llamamos iglesias, cuando quedan en penumbra, vengan a impresionarnos religiosamente más, que así sucediera porque quedaran oscurecidas tantas añadiduras, y así nos quedaríamos mejor con nosotros mismo. La oscuridad como cierta cortina para no distraernos, o que a lo falso cerráramos los ojos.

22. Habrá que buscar una eficacia comunicativa del espacio para con el individuo, y al hablar de lugares sagrados, deberemos saber lo que ellos nos responden, sobre su eficacia. Las iglesias están cargadas de señalizaciones, miramos para saber lo que nos dicen, pero el oratorio nos deja a nosotros la palabra, y cuál de los dos se hace casa de oración?

Existe la tendencia por la ocupación de los espacios, algo ponemos y buscamos lo otro que lo pueda completar, vamos añadiendo para que el espacio quede ambientado.

23. Seguramente no así para el espacio que pretendamos como sacro, más bien una desocupación, una ausencia positiva, no enriquecer y sí, más bien, empobrecer, que es lo mismo que enriquecerlo evangélicamente, ennoblecerlo espiritualmente, un vacío de acogida, quizá sutilezas sentimentales, pero reales y visibles, para vivirlas.

24. Miramos a la naturaleza, a ese árbol, está fijo, tiene quietud, pero en su interior corre la vida. En el Oratorio que decimos, descubrimos el silencio, nada que nos hable visiblemente, diríamos que hay también soledad, pero dentro de ese espacio, de ese cuerpo, unas medidas, unas proporciones, están cargadas de vida, algunos las llamarían «divinas proporciones».

25. En el oratorio no se realiza liturgia alguna, nada que nos predique, ni colores ni símbolos, nada que nos hable a los sentidos. Solamente ha quedado el espíritu, y en esa radicalidad ha venido a quedar el espacio y el individuo. Y el espacio sencillamente como un medio para el encuentro del individuo con el espíritu.

26. En el verdadero Espacio Sacro los sentidos quedan relegados, silenciados su atención, y en su lugar aparece, crece lo espiritual, y ese espíritu se caldea en el interior de ese espacio, y esa es la aportación de lo sacro, de su espacio,

que le motiva así a ese individuo, que le hace ascender a una novedad antes desconocida.

27. En ese espacio sagrado es posible que varios individuos que ahí se encontrasen, que antes tuvieran sus diferencias, es posible que ahora, en esa experimentación espiritual, en la hondura de esa verdad, vinieran a encontrarse en mutua conformidad de sus sentimientos, y es así cómo viene ese espacio a estar en servicio para el hombre, un espacio realmente vital y en servicio.

28. En ese lugar, sagrado, si el individuo se deja emocionar por el espíritu, le aparecerá la nostalgia, buscará su propia superación. Que si es espacio sacro, y está en esta identificación, lo racional y sus personalismos, dejarán lugar al espíritu para identificarse con la realidad, con la hondura de su verdad, y en definitiva a identificarse con la totalidad, un lugar para crear hermandad.

29. Si el arte de cada época nos habla del presente, el espíritu nos empujará al futuro, y así el Espacio Sacro es algo más que arquitectura, será un saber hacer una Nada positiva.

30. Llegar a las «nadas» no es quedarse sin nada, es más bien encauzarse por un camino de «realismo espiritual», aquél que los místicos lo supieron expresar bien, tan visible a la mirada de sus espíritus.

31. También se quiso hacer un gran vacío al comienzo de las «vanguardias» del pasado siglo, que todo había que comenzar de nuevo, el pasado se hizo un negro sobre negro, era la revolución, para un nuevo y posible comienzo, el mismo que en el pequeño universo del ser humano, de cada individuo, puede sentir en ese espacio sacro, en ese vacío revolucionario, la renovación y la esperanza por un nuevo hombre.

32. El Oratorio es lo distinto de lo gótico, de la catedral en grande, alta, puntiaguda, agresiva, que busca la materia de la luz, sin la medida del hombre, perdido en ese espacio, geometría y símbolo. No, no es nada de eso, más hacia lo románico, en penumbra, recogida como un Sábado Santo, artesanal y empobrecida.

33. La razón busca conclusiones, se hace autosuficiente, pero esa razón es una facultad inferior cuando se acerca al arte. La facultad superior será siempre la *INTUICIÓN*, que por ellas se camina seguro, acierta porque penetra en la esencia del ser, la única facultad segura para la creatividad artística, y desde ella ha de componerse el espacio sacro.

Repeticiones

34. Un arte cuanto más imitación de los seres visibles, se hace más comprensible para el juicio del espectador que le baste con esa comprensión, con

lo que está viendo, pero la razón del arte religioso se acerca más hacia cierta hondura e invisibilidad de la materia visible.

35. El arte religioso es siempre el mismo a lo largo de los tiempos, como lo es el naïf, responde a lo más interior del ser humano. Y si tratamos de diferenciar los estilos religiosos a lo largo del tiempo, será por lo accidental y añadido que haya en ellos, y que está fuera de lo religioso.

36. El arte por el arte, es ya cerrar al mismo arte su proyección trascendente, hacerle cerrarse en sí mismo, negarle su espíritu, que siempre ha de llevar a un más allá.

37. En el artista religioso el espíritu de fe, de sentirlo realmente, viene a identificarse con su obra, y esa obra tendrá esa fuerza añadida, misteriosa, pero real, reconocible.

38. En la actualidad se viene descubriendo que los profetas religiosos vienen a tener cierto ramalazo estético. Y así viene a descubrirse hoy que la fe religiosa y el quehacer artístico, se complementan. Todo acercamiento a la santidad viene a conjugar la bondad y verdad con la belleza.

39. La teología que hable de la belleza, será desde el temario de la Biblia, de la fe, y de la naturaleza, como creación de Dios, pero solamente con eso está desconociendo la realidad creativa del artista religioso, que añade a todo ello su propia visión de la trascendencia, su particular lenguaje, el camino de supresiones naturalistas en búsqueda de la Ausencia, lo invisible de Dios, la Nada, que es todo en el arte religioso.

40. Se dice que la Iglesia nunca reconoció como propio ningún estilo artístico. Pero eso será porque lo que fue aceptando tampoco le era propio, y así en el arte fue acomodándose a los tiempos de los distintos estilos. Pero la Iglesia debería tener su particular estilo, el religioso, y en ese estilo debía descubrirse en la misma diversidad de los estilos de cada tiempo y lugar, y es entonces cuando su propia inspiración religiosa y la de los artistas religiosos, vinieran a impregnar a todos los estilos de la historia d su propia trascendencia. Pero si ésta ha estado ausente en la historia del arte, entonces está bien decir que la Iglesia no se ha apropiado ningún estilo. *De sacra liturgia VII, 123.*

41. No es concebible una Universidad Católica que margine de la verdad que enseña, la enseñanza de la belleza, digamos del arte, de su enseñanza, ya que el vehículo apropiado de esa enseñanza teológica debe estar acompañada de su propia manifestación estética, convincente, que en ese trípode en que se sostiene lo trascendente, verdad bondad belleza, no podrá faltar la belleza, y también su apropiado taller, como posible práctica opcional, ejemplo de creatividad, y ésta tan necesaria para el pensamiento teológico de cada tiempo.

42. Lo sagrado del espacio, lo sagrado de la imagen religiosa, no está en algo que esté fuera de ese espacio o de esa imagen, estará más bien en la fuerza de transposición que se haga desde ese espacio o imagen a algo superior, a la trascendencia a la que nos lleva ese espacio o imagen, sin quedarnos en ellos, que así se hacen ellos mismos vehículos sagrados.

43. El espacio que decimos sagrado, lo queremos señalar así por su misma condición de espacio, y no porque en ese espacio se vengán a realizar ritos o acciones sagradas. Y es posible el señalar un espacio por su propia estructura como sagrado? Decimos que es posible. A lo largo de la historia del hombre, desde su habitación en las cuevas prehistóricas, en su anhelo de búsqueda o protección de un ser superior, fue confeccionando su particular espacio religioso, su espacio sagrado para el recogimiento y la súplica, estaba en lo más profundo de la caverna, en ocre, en puntos y rayas, silencio y proporciones, crearon así ese su propio espacio sagrado, obra de sus manos, y se entra ahí y nos hace ese reconocimiento. Decimos que es posible, que es posible el confeccionar un espacio en religioso para el hombre hasta sentirlo sagrado.

44. Decir sagrado un espacio porque ahí se realicen ritos sagrados, es adjetivar eso que llamamos espacio, descolocar lo sustancial de lo que llamamos espacio y que no sería más que señalar cierto lugar que se convierte en sagrado por las acciones sagradas que ahí vengán a realizarse, pero que en realidad, como espacio sagrado, no es tal.

45. En la necesidad de venir a crear una iglesia, un templo, un oratorio, un panteón, antes que venir a proyectar la colocación de los distintos ritos que vengán a realizarse en ese recinto, el arquitecto deberá antes detenerse a reflexionar sobre el espacio como lugar sagrado en su primera desnudez, la de ese espacio en sí, sin tener ya que adquirir su condición de sagrado por lo que luego venga a realizarse o añadirse en ese espacio. Todo ello nos lleva a reflexionar sobre la condición del ser religioso, su condición evangélica, y nunca podrá sustituirse estos presupuestos del hombre cristiano que entra en su iglesia, con el encuentro que pueda ver ahí de un añadido de dorados y riquezas y etc..., como justificantes de «a Dios lo mejor». Qu no hay nada mejor que el espíritu y la verdad, como señaló Cristo para un lugar de oración y de adoración.

46. Un eje, centro, absoluto, y el ser humano alrededor, distinto, dependiente, oyente, es el espacio natural del encuentro de lo divino con lo humano, espacio que desde su confección natural se convierte en sagrado. No tienen número las referencias a ese espacio circular que se han venido señalando en las historias de las religiones. Sin número también las referencias simbólicas a los cósmico como sugerencias para la creación de ese espacio en redondo.

47. A manera de ensayo experimental, en un espacio cuadrado o circular, en es lugar que puede proyectarse como religioso, se coloca un altar fuera de su centro, y no dirá nada, pero si se centra, la sensación que se reciba de ese espacio será distinta, de manera inmediata se ha convertido en espacio religioso y el altar, en ese lugar central ha transformado la totalidad del espacio, se le viene a sentir como lugar religioso. Es la misma experimentación que podemos percibir de un objeto en el espacio, que su lenguaje se hace distinto según el lugar que venga a ocupar, según también por la forma que tenga, cubo o esfera. Es en definitiva la palabra de todos los seres visibles, por lo que son o por el lugar que vengan a ocupar.

Será la misma vida que siempre habla al hombre que se haga receptivo.

48. El espacio sagrado se nos descubre como distinto del otro que no lo sea, y su realización por parte del arquitecto no dependerá tanto de su razón o profesionalidad, y sí más bien del espíritu que va conformando los espacios al tacto de ese su espíritu religioso.

49. Francisco de Asís puso la pobreza y el desprendimiento como el lugar apropiado, espacio sagrado para el encuentro con lo que le pudiera trascender, y así iba buscando esos espacios más apropiados para su oración.

«¿En dónde habitas?» le preguntaron a Cristo, y respondió: «Venid y lo veréis». Era la soledad y el silencio, y antes de llegar a ese lugar, aquel espacio ya era sagrado.